

Movimientos sociales gobernando: entre ideales y responsabilidades

Bolivia después del triunfo del MAS

*Ton Salman**

RESUMEN

El MAS (Movimiento al Socialismo) es un ‘movimiento-partido’, un ‘instrumento político’ para reunir las demandas y programas de una serie de movimientos sociales en Bolivia, cada uno con sus deseos, prioridades y composición étnico-social. A la vez, en 2006 el MAS se convirtió en el partido que gobierna el país. Por eso, inevitablemente, se produjo una hendedura entre MAS y los movimientos sociales que lo componían, de forma que en la actualidad ambos procuran mantener control sobre el otro. Este artículo trata de entender la lógica de movimientos sociales después de su victoria.

Palabras clave

Movimientos sociales • demandas sociales • victoria electoral • gobernabilidad • autonomía • institucionalidad democrática

Social Movements Governing: between Idealism and Obligations Bolivia after the MAS Triumph

ABSTRACT

The MAS (Movimiento al Socialismo) is a ‘movement-party’, a ‘political instrument’ amalgamating the demands and programs of a whole series of Bolivian social movements, each of them with its own wish-list, priorities and socio-ethnic make-up. In 2006, the MAS became the ruling party. This caused, inevitably, a

* Máster en Filosofía y Antropología Universidad de Amsterdam, doctor en Antropología Universidad Libre de Amsterdam. Académico Departamento de Antropología Social y Cultural de la Facultad de Ciencias Sociales Universidad Libre de Amsterdam. E-mail: a.j.salman@vu.nl.

rift between MAS and the social movements that constituted it, so that currently both are attempting to maintain control over each other. This article attempts to understand social movements' logic after their victory.

Keywords

Social movements • social demands • electoral victory • governability • autonomy • democratic institutionalality

Si te encuentras con una bifurcación en el camino, tómala

Yogi Berra

Introducción

La tesis que desarrolla este artículo¹ plantea que, en caso de una victoria rotunda de un (grupo de) movimiento(s) social(es) combinada con una continuidad institucional (democrática), los movimientos se dividirán entre un grupo o coalición, en forma de partido político, cuya preocupación adicional será gobernar y preservar el ordenamiento democrático, y en otro grupo que continuará presionando por el logro prioritario de la agenda de los movimientos. El preciso equilibrio entre estas dos corrientes dependerá del radicalismo de esta agenda, en particular respecto de la reforma de la institucionalidad estatal, o bien, del respeto a la institucionalidad *tout court*, con imparcialidad y previsión de *estadista*, que muestre la coalición gobernante, así como de factores más contingentes como la articulación de las fuerzas opositoras, la presencia o ausencia de un antagonismo étnico, la posición que la corriente gubernamental asumirá en relación al valor de la 'democracia representativa/liberal', junto con la presión internacional.

Por cierto, las circunstancias específicas determinarán una diferencia crucial. En los casos en que la victoria del contendor estuvo acompañada de un total desmantelamiento de la institucionalidad, los procesos asumieron con frecuencia un perfil claramente revolucionario. En países como Irán (1979), Zimbabwe (1980), Nicaragua (1979) y Timor Oriental (2002), el cambio fue violento y el conflicto de naturaleza dicotómica: 'o ellos / o nosotros'; y, con esto, casi todas las instituciones colapsaron. Debido a la virtual ausencia de una voz e influencia de los anteriores gobernantes después de la victoria, la situación se caracterizó por la necesidad de construir un

¹ Agradezco a Hernando Calla la traducción.

aparato estatal completamente nuevo, e incluso un nuevo país. El caso de Sudáfrica (1994) es único en el sentido de que el cambio fue, finalmente, negociado, aunque acompañado por una transformación radical del sistema de democracia y gobierno.

Nuestra preocupación en este texto son los casos en los que un cambio político de gran envergadura se dio en conjunto con un alto grado de continuidad en las bases del estado, además de circunscribir nuestro análisis principalmente a los estados democráticos. Por ejemplo, en Brasil (2002) la victoria del Partido de los Trabajadores (PT) se caracterizó por un largo proceso de acumulación y por la herencia de una institucionalidad estatal intacta, y además de estar complicada se caracterizó por problemas de ejecución del programa por falta de una mayoría en el Parlamento. Al encontrarse en este dilema, no sorprende que el gobierno del PT haya desilusionado pronto a los movimientos que habían celebrado su victoria. Sugiero que ello no se debe únicamente a su incapacidad para sacar adelante todo aquello con que había soñado el PT, debido a su problemático estatus de minoría parlamentaria, sino también a que, en función de gobierno, tenía que cumplir normas y obligaciones que los movimientos –estando ellos principalmente abocados a sus propios intereses– podían simplemente desatender. Entre estas obligaciones estaría el garantizar las normas democráticas.

Sin embargo, nuestro interés aquí se centra en Bolivia. El país es un caso fascinante para reflexionar cuando se intenta comprender la dinámica de una combinación entre una renovación política de largo aliento y la permanencia de las instituciones democráticas –como es particularmente el caso de Bolivia. Allí, la revolución política del año 2005 se distinguió, de un lado, por un proceso electoral pacífico y por una continuidad institucional, aunque también, de otro lado, por un deseo explícito de ‘refundación’ del país por parte de los nuevos detentadores del poder y sus movimientos de apoyo. Es así que la herencia democrática fue tanto el vehículo que trajo consigo la posibilidad de este cambio como uno de los principales motivos de ofensa contra los que se movilizaban los movimientos. Más específicamente, su objetivo no era abrogar la democracia sino ampliarla y profundizarla, así como hacerla encajar mejor al interior del particular universo etno-cultural que se postulaba era Bolivia. Esto hizo que, desde el comienzo, fueran dos impulsos los que acompañaran el cambio en este país: defender los derechos y garantías que son parte esencial de la democracia liberal, y que habían posibilitado el espacio para obtener una victoria electoral contundente, y ‘rehacer’ simultáneamente esta democracia porque representaba las injusticias que los movimientos consideraban se habían cometido contra ellos en el pasado.

Como es sabido, Evo Morales, el candidato presidencial indígena portavoz de muchas de las reivindicaciones por las que un amplio espectro de movimientos

sociales de Bolivia había luchado durante años, obtuvo una victoria mayoritaria en diciembre de 2005, repitiéndola en diciembre de 2009. A partir de ese momento, los movimientos que apoyaron su candidatura han buscado un nuevo rol y presencia en los posteriores escenarios del país. Sin embargo, desde entonces han surgido otros movimientos opuestos a sus planes.

El triunfo de Morales fue, en varios sentidos, sin precedentes: en primer lugar, las elecciones de diciembre de 2005 marcaron el fin del ‘viejo’ sistema de partidos. En este sistema, un número relativamente pequeño de partidos tradicionales, en ocasiones apoyados por otros más volátiles, formaban coaliciones diferentes una y otra vez. El sistema evidenció una lógica mezquina tanto entre partidos como al interior de ellos, y una incapacidad para establecer vínculos verdaderos con la sociedad. Los partidos políticos estaban absortos en el ajuste de cuentas interno y, entre ellos, en reclutar a sus militantes de sectores poco representativos de la población (Lucero 2008:37 y ss.), y en recibir a los nuevos contendores políticos con maniobras chicaneras.

Gruesos sectores de la población boliviana sentían que sus intereses y problemas estaban poco reflejados en las decisiones del gobierno o las deliberaciones parlamentarias (Albó y Barrios 1993:146-148; Salman 2007; Koonings y Mansilla 2004; Crabtree y Whitehead 2001:218; Gray-Molina 2001:63). Si bien el nivel de confianza en los políticos y partidos es tradicionalmente bajo en América Latina (ver Camp 2001), alcanzó niveles dramáticamente bajos en Bolivia (Latinobarómetro 2004, Salman 2007).² La victoria del MAS (Movimiento al Socialismo) ocurrió en un contexto en el que un sistema de partidos ‘consolidado’, pero inepto y defectuoso (lo que ampliaremos más adelante), fue aplastado. En su lugar, el ‘partido movimiento’ (Zegada et al. 2008:45 y *passim*) MAS asumió el poder, si bien los sectores minoritarios que habían estado representados por el viejo sistema político no desaparecieron, por supuesto.

En segundo lugar, esta fue la primera vez en que un candidato de origen indígena ganó la presidencia de Bolivia, confirmando los procesos de emancipación ocurridos en anteriores décadas. El despertar de la autoconsciencia indígena de la mayoría en Bolivia, facilitada de modo paradójico por los cambios que van debilitando las herencias del habitat indígena tradicional y que les dieron acceso a la vida en la ciudad, contribuyó a una mayor conciencia de la exclusión sistemática de la representación indígena en las consecutivas coaliciones que gobernaron hasta hace poco.

² En una encuesta de 1990 realizada por Latinobarómetro (2004), un 77% de los bolivianos manifestó su convicción de que los partidos políticos no trabajaban por el bien del país y se limitaban a defender intereses de grupo. En la mayor parte de otros países latinoamericanos, pequeñas mayorías mantenían cierta confianza en las buenas intenciones de los partidos políticos.

En tercer lugar, y estrechamente relacionado con lo anterior, una novedosa configuración política surgió a partir de la frustración con el sistema de partidos descompuesto, la exclusión indígena y las políticas neoliberales impulsadas en el país desde 1985, temas en los que ahondaremos más adelante. Las críticas combinaron ingredientes étnicos referidos a una ética gubernamental (promoción de las tradiciones reivindicadas como indígenas: autoridades subordinadas a sus bases, deliberación permanente, contacto estrecho con la comunidad en su conjunto) con ingredientes que aluden al rechazo ideológico de la codicia ('occidental'), de la indiferencia hacia el medio ambiente y la Pachamama, de rechazo a la subasta de la soberanía nacional (Albro 2005:445-448) y al lucro por encima del vivir bien (como opuesto a 'querer más y más'). El renacimiento de la autoconsciencia indígena se combinó así con una crítica al imperialismo 'blanco' y el salvaje capitalismo neoliberal. E hizo del cambio político algo más que un cambio rutinario de posiciones de poder e ideología; esta fue, en palabras de los seguidores del MAS, una 'revolución'.

En cuarto lugar, y aún más importante para nuestro argumento, la victoria de Morales fue posible, entre otros factores, debido a una serie de movilizaciones sostenidas y masivas que habían deslegitimado y dañado al sistema electoral de partidos tradicionales, y que habían enfatizado los temas que preocupan o ponen furiosos a muchos bolivianos: la exclusión (indígena), el neoliberalismo, las privatizaciones, el 'despilfarro' de los recursos naturales bolivianos, la falta de crecimiento económico y del empleo, y aquello que se percibía como una 'democracia engañosa'. El partido de Evo Morales, MAS, fue capaz, en 2005, de agregar muchas de estas reivindicaciones en una alternativa electoral atractiva. Varios movimientos habían agregado fuerzas para construir el movimiento, otros lo apoyaban y todavía otros simpatizaban con él, aunque sin dejar de criticarlo; sin embargo, de pronto estos movimientos cambiaban su posición de 'opositores' (*challengers*), como a menudo se los llama, a 'oficialistas' (*members*) (Tilly 1978, McAdam et al. 2001). Al mismo tiempo surgieron nuevos movimientos que desafiaban al gobierno de Morales. En consecuencia, no sólo el ordenamiento político y la conformación del sistema político, sino también el panorama de los movimientos sociales cambiaron radicalmente en Bolivia.

Planteo que, en efecto, es un asunto complicado para los movimientos sociales el redefinir su papel una vez que han logrado básicamente su cometido y ya pertenecen al grupo gobernante, el oficialismo; en este sentido, el MAS es una entidad peculiar: es tanto partido como movimiento que cobija a muchos de los movimientos que participaron en los bloqueos y paros de 2000-2005. En cierto sentido, el gobierno de Bolivia es actualmente él mismo 'movimientista' (Albro 2005:440, Zegada et al.

2008). Al respecto, exploro aquí particularmente el tema del acto de equilibrio entre la parte del movimiento que se ha convertido ahora en aparato de gobierno y los movimientos que han seguido como movimientos, promoviendo los intereses de sus 'bases sociales'. También indago en los movimientos de oposición, y abordo sus estrategias y acciones, en especial en relación con las actitudes de los movimientos que apoyan al gobierno. Lo que analizo principalmente, sin embargo, es cómo surgió esa grieta entre los movimientos pro MAS que continuaron como movimientos (luchando por cambios sustanciales y relativamente indiferentes hacia las vicisitudes de los opositores o el estado-nación como tal), y el MAS como partido de gobierno, poco dispuesto e incapaz de permanecer completamente indiferente hacia los sectores que no lo habían apoyado y que hoy actuaban como opositores, puesto que ahora tenía que atender a la nación en su conjunto.

A continuación analizo primero parte de la bibliografía existente sobre los 'logros del movimiento' y luego evalúo su aplicabilidad al caso boliviano. Después esbozo brevemente la forma en que el MAS se volvió un partido movimientista. En el siguiente acápite abordo y examino la situación actual: el gobierno de un partido movimientista y su forma de relacionarse tanto con sus movimientos de apoyo como con sus movimientos de oposición. En este contexto, por supuesto que el MAS tiene claras simpatías con 'sus' movimientos y trata de sacar adelante el programa que los une, aunque al mismo tiempo está obligado a garantizar un campo de juego libre y equitativo en política. Esta última obligación inevitablemente crea tensiones entre las fuerzas que buscan 'el cambio total' y las fuerzas que necesitan vigilar que las reglas del juego sean respetadas al momento de concretar tal cambio en medio de los opositores. Por último, discuto las consecuencias de mis hallazgos.

Reflexiones analíticas sobre logros de los movimientos sociales

Existen esfuerzos de reflexión sobre los resultados de los movimientos sociales, pero no son muchos: según Cress y Snow (2000:1063-4, ver también Giugni 1998:373), "nuestra comprensión de los resultados de los movimientos sociales está evidentemente poco desarrollada". Además, la mayor parte de la bibliografía que se ocupa del tema circunscribe sus explicaciones y proposiciones conceptuales a las situaciones en las que se ha obtenido *algo*: trátase de concesiones, de (algún) cambio, de 'aceptación y/o ventajas' (Gamson 1990; ver también Giugni 1998:376), o de legislación nueva. No es con frecuencia que la situación abordada sea aquella en que las consecuencias son un vuelco completo del sistema político (pero ver, por ejemplo, Lanegram 1995, Zuern 2004).

Esto no necesariamente significa que las perspectivas desarrolladas en esos textos no sean de ayuda. Los análisis discuten asuntos que podrían ser muy relevantes para las situaciones de restauración política combinada con preservación de la institucionalidad. Por ejemplo, Cress y Snow (2000:1098-1102) afirman que las propias características, estructuras y marco de orientación del movimiento proporcionan una causa más convincente para pronosticar los resultados (exitosos) que aquellas ofrecidas por las ‘condiciones’ externas. Sin embargo, los autores añaden que no existe ningún factor de predicción singular: es la combinación de las características del movimiento con las condiciones externas la que en último término ayuda a explicar el logro de resultados. En el caso de Bolivia, como analizaremos más adelante, esto parece ser correcto: fue la fuerza de los movimientos para enmarcar sus demandas —a través del MAS— la que permitió que tanto las reivindicaciones étnicas como las socioeconómicas y políticas pudieran amalgamarse. Sin embargo, esto funcionó únicamente en un contexto en el que la credibilidad del sistema estaba hecha añicos (y por tanto era una alternativa poco atractiva) y al mismo tiempo era renuente a responder o incluso intentar una cooptación. Esto produjo una polarización en la que las diferencias entre los partidos establecidos se volvieron casi imperceptibles, y en todo caso irrelevantes, para mucha gente, por cuanto fueron identificadas en conjunto con todo el espectro de daños sufridos por el pueblo (Salman 2006, 2007). Al mismo tiempo, la emergente alternativa del MAS llegó a ser identificada como la única opción que haría factibles todas aquellas aspiraciones que habían estado bloqueadas por el sistema establecido: representación y recursos para el MAS, y derechos y asistencia para sus bases (Cress y Snow 2000:1067, Córdova et al. 2009:67).

De manera similar, Giugni (1998) y Gamson (1990) se concentraron también en los factores que ayudan a explicar el éxito, antes que en los percances de los movimientos *después* de que obtuvieran (un considerable) éxito. Además, sus marcos de referencia tienen un valor limitado para el caso boliviano. El énfasis de Gamson en las demandas de un solo tema, en incentivos seleccionados, en la utilización del bloqueo o la violencia como táctica, y en la necesidad de alguna burocratización, centralización y unidad del movimiento, como ingredientes necesarios para el éxito, se adecúa sólo de modo muy parcial a la situación boliviana. El MAS satisfacía únicamente el aspecto del uso (selectivo) de la violencia. Sin embargo, sus demandas alcanzaban una multitud de temas —aparte de que el rasgo de centralización y unidad es, en el caso del MAS, un tema complicado que abordó más adelante. En cualquier caso, afirmar que el MAS se burocratizó, centralizó y unificó es poco apropiado. Más o menos a contrapelo de Cress y Snow (2000), Giugni pone el acento en la necesidad de focalizar en “las condiciones del entorno que encauzan

sus resultados [los de los movimientos, TS]" (1998:379), y no así en las propias características del movimiento. Giugni subraya la importancia de la opinión pública (y señala en esta "el papel fundamental de los medios de comunicación" [1998:380]) y las estructuras de la oportunidad política. Reflexionando otra vez sobre el caso boliviano, estas sugerencias dan como resultado hallazgos contradictorios. Evidentemente, en la opinión pública la credibilidad del viejo sistema de partidos políticos se debilitaba rápidamente desde los noventa inclusive. Esto fue escasamente reflejado, sin embargo, por la mayoría de los medios en Bolivia; por el contrario, estos eran bastante hostiles a Morales y el MAS. En cuanto a la estructura de la oportunidad política, no hay duda de que los 'viejos' partidos se encontraban en desbande. Pero la "crisis amplia a nivel de sistema" (Giugni 1998:380), que es supuestamente un factor para el éxito de los movimientos, fue provocada en gran medida por estos mismos a través de sus incesantes movilizaciones de protesta. Y la revisión de Giugni de los posibles resultados (inspirada por Gamson 1990), los cuales van desde una respuesta plena, la apropiación, la cooptación y el colapso (Giugni 1998:382), no llega a considerar realmente la posibilidad de un derrocamiento completo de los 'antiguos gobernantes'.

La razón para referirse a estas contribuciones, a pesar de que ellas no llegan a abordar el análisis de los movimientos sociales 'después de una victoria total', es que considero que hay algo importante en sus proposiciones. Ellas tienen que ver con las especificidades de los entornos y características de los movimientos, y en particular estas características parecen ser un punto crucial de análisis toda vez que uno quiere entender los procesos *después* de que los movimientos o su representación electoral asume el poder. Después de todo, en ese momento los movimientos ya tienen historias específicas que siguen informando sus posiciones y destinos tras el triunfo de su avanzada electoral, su 'instrumento político'. Hay un asunto en particular, también planteado por Giugni, y Cress y Snow (aunque entre ellos no estén de acuerdo al respecto), que debería tomarse en cuenta aquí. Se trata del asunto del impacto relativo de los factores internos y externos que influyen los resultados de los movimientos sociales. Sin duda ellos se retroalimentan mutuamente. Los factores externos tales como una posición de simpatía o antagonismo por parte de las autoridades, o una opinión pública o mediática de apoyo, indiferencia u hostilidad, o instituciones de gobierno débiles o fuertes, o las variaciones en las tácticas de la autoridad y los niveles de represión, o la presencia o ausencia de entidades mediadoras, sin duda tienen influencia todas ellas en las características y los procesos del movimiento. Por otro lado, sin embargo, las características de los movimientos, por ejemplo: el tipo de motivaciones de los participantes y su profundidad, la importancia en cuanto a medios de vida de las

reivindicaciones, la inclusividad, coherencia, simplicidad y cualidades retóricas del discurso de movilización, el grado de institucionalización y la disponibilidad para ‘tratar’ con las autoridades y/u opositores, sin duda tienen influencia en las reacciones del mundo externo y, por tanto, en las condiciones al interior de las cuales evolucionan (aún más) los movimientos. Es en cuanto a este equilibrio que las cosas cambian drásticamente después del triunfo de los movimientos: desde ahora, se espera –¿se tiene la esperanza de?– que el punto de partida será una actitud de simpatía, ‘suave’, como de aliado por parte de las autoridades de gobierno. Sin embargo, el asunto que a menudo se pasa por alto es el *cambio de posición* por el que pasa el partido unificador de los movimientos (o movimiento-partido, o representante titular) después de la victoria: de entidad *demandante* cambia ahora a entidad ejecutora y, lo cual es clave, a entidad *gobernante* –y ello restringe su espacio de maniobra y, por tanto, provoca tensiones con sus partes constitutivas.

En cualquier caso, estas contribuciones escasamente nos dicen qué es lo que es posible que ocurra cuando ellos hayan prácticamente derrocado a las fuerzas que bloqueaban la satisfacción de sus necesidades y el logro de sus metas. El análisis de los procesos al interior de los movimientos después de que estos han triunfado parece ser todavía incipiente. En general, los pocos análisis de movimientos que llevaron a ‘su’ partido al poder enfatizan que la relación se torna con frecuencia espinosa o al menos complicada (Bowie 2005:56-59, Valente 2008, Osava 2006). Si bien por un lado persiste cierta lealtad (también impulsada por la intuición de que las alternativas políticas conllevan cierto empeoramiento), por otro lado –y esta es la característica clave hasta hoy insuficientemente teorizada– surge cierta distancia provocada por las diferencias existentes entre los imperativos de las demandas de gobierno y aquellos relacionados con la promoción de sus intereses. Creo que este es también el factor que produce que los movimientos enfrenten a menudo el peligro de ser cooptados, y por tanto convertidos en inocuos, o terminen por inhibir sus acciones debido a su deseo de no desestabilizar al gobierno (Zegada et al. 2008:102). Pero la particular dinámica que caracteriza a la situación posttriunfo electoral, y después de la división de los movimientos entre aquellos sectores que efectivamente asumirán el gobierno y los sectores cuya pretensión es continuar apoyando la causa compartida, no ha sido abordada de un modo más sistemático. Tomando a Bolivia como un ejemplo ilustrativo, me parece que en tales casos el asunto de las responsabilidades gubernamentales debilita las características ‘movimientistas’ de los sectores en función de gobierno y provoca así tensiones que no necesariamente reflejarán desacuerdos en términos de radicalismo o ‘velocidad’ (del cambio), sino de *posición*.

En resumen, no obstante la mayor parte de la literatura sobre los logros del movimiento se centra en los factores que influyen sobre estos resultados antes

que en la situación posterior al triunfo, aun contribuye bastante en cuanto coloca estos factores en el centro del escenario como antecedentes y trasfondo de la evolución que tales movimientos atraviesan después de que sus aliados electorales o representantes titulares ganan. Los procesos reales después de tal triunfo no han recibido, sin embargo, mucha atención –y allí donde la hubiesen recibido, en la mayor parte de los casos se trató de un triunfo revolucionario o militar, no de una victoria electoral. Además, el punto que más se elude en los casos en que se abordaron tales asuntos fue que los indicios que señalaban la brecha creciente entre la rama gobernante y la rama de promoción de intereses propios del conjunto de movimientos sociales, no fueron ocasionados únicamente por los problemas relacionados con la incapacidad de realizar todos los cambios de la noche a la mañana, sino también por el cambio en *el rol y la posición* de la rama gobernante. Puede que esta rama, después de asumir el poder, ya no se concentre únicamente en el *contenido* de los cambios, sino que tenga que prestar atención a los *procedimientos*. Cuanto más radicales y persistentes han sido las propuestas de los movimientos sobre el cambio institucional después del triunfo, tanto más probable es que la rama gobernante enfrente problemas para combinar su programa con sus obligaciones de gobierno y garantía de los derechos. Esto producirá un cambio en la actitud de los movimientos sociales que en otro momento fueron un pilar del instrumento político insurrecto, pero que *después* del cambio se volverá un amigo exigente en el mejor de los casos. Como sugeriré, esto puede explicarse en parte por el cambio de posición que este instrumento político enfrenta después de la victoria.

Los siguientes dos acápite, que cuentan lo sucedido en Bolivia, abordarán primero el surgimiento de los movimientos sociales bolivianos –y en este caso se referirán a la literatura que pretende *explicar* el triunfo mencionado anteriormente–, y con posterioridad analizarán los dilemas del momento posterior al triunfo; aquí me referiré a la tesis acerca de las consecuencias del cambio de *posición* de la rama gobernante de los movimientos.

El ascenso del MAS como movimiento-partido

Bolivia es el país más pobre de Sudamérica, con una población de apenas nueve millones de habitantes, de los cuales supuestamente más de la mitad son de origen indígena (aunque conviene ver Toranzo 2008). Ha sido un país inestable a lo largo de su historia, con una serie de *coup d'états* entre 1964 y comienzos de 1980. Asimismo, sus gobiernos se han caracterizado por una supeditación centenaria a intereses externos y poderes extranjeros, y por un control desigual

sobre el territorio y la población (PNUD 2007:34-37). Después de sufrir casi dos décadas de gobiernos autoritarios, Bolivia reconquistó la democracia en 1982. Tras un fugaz gobierno de izquierda, que fue abrumado por la herencia de las dictaduras y una inflación galopante, una serie de coaliciones partidarias gobernaron a partir de 1985, compartiendo todas ellas la idea básica de que el país necesitaba una ‘modernización’, léase: una reforma neoliberal. Esto significaba el fin de las ‘políticas de desarrollo nacional’ que habían tenido lugar desde la década de 1950. Se proponía entonces una Nueva Política Económica (NPE). Esta consistía en la acostumbrada receta de reducir el déficit fiscal, reformar el sistema monetario, achicar la burocracia estatal mediante despidos masivos, liberalizar los mercados e incentivar las exportaciones (principalmente de materias primas y cultivos agrícolas). Adicionalmente se buscaba un sistema impositivo más eficiente. También implicaba una reestructuración de varias empresas estatales, como la Corporación Minera de Bolivia, resultado de la cual ocurrió el despido masivo (‘relocalización’) de 23 mil mineros. Un efecto adicional de la liberalización del intercambio comercial fue que los mercados bolivianos quedaron inundados de mercaderías importadas baratas, metiendo a las fábricas grandes y medianas en serios problemas. A partir de estos años, se estima que más del 65% de la fuerza laboral boliviana estuvo desocupada, subocupada o con empleos informales (Tokman 2007). Junto a ello, los sindicatos se debilitaron enormemente (Lucero 2008, García Linera et al. 2008).

Si bien han existido varias coaliciones de gobierno, conformadas por diferentes partidos,³ hubo cierta consistencia en estas políticas. Los resultados fueron, entre otros, cierto crecimiento macroeconómico lento, desigual y frágil, pero también la persistencia de la pobreza, elevadas cifras de desempleo y una falta de progreso sustancial en áreas como la salud y educación (esta última, sin embargo, dando algún avance en la segunda mitad de los noventa). Más aún, durante estos años no llegó a darse un explícito debate público y político sobre el curso de las políticas

³ Los tres partidos principales eran Acción Democrática Nacionalista (ADN), Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). ADN era un partido de derecha fundado por Hugo Banzer después de renunciar a su presidencia dictatorial. El MNR fue el partido responsable de la revolución de 1952, la misma que dio fin formalmente a los gobiernos aristocráticos basados en la discriminación étnica en el país. En los primeros tiempos se inspiraba en el socialismo y adoptó una estrategia igualitaria que desalentaba la etnicidad, aunque más tarde se volvió más conservador. Además, nunca logró poner término a la exclusión de la población indígena de las posiciones de poder e influencia. Con todo, el MNR también había sido reprimido por la dictadura banzerista y guardaba cierta distancia de ADN a fines de los setenta. Sin embargo, las diferencias entre el elitismo de ADN y el conservadurismo del MNR se habían desvanecido a mediados de los ochenta. Por último, existía el MIR, originalmente una fracción izquierdista del Partido Demócrata Cristiano, pero que más tarde se volvió una máquina electoral oportunista y muy corrupta. También este partido había sufrido la represión banzerista, pero no tuvo reparos en aliarse con ADN para acceder al poder en 1989.

económicas, y sobre los previsible efectos de tomar una u otra orientación en la gestión de la economía del país (Salman 2006, McNeish 2006). Las campañas electorales eran ambiguas y muchas veces manipuladas y, aunque en las elecciones generales no hubo fraude a gran escala, las acusaciones respecto de la utilización, por ejemplo, de fondos fiscales para las campañas de los partidos en función de gobierno eran frecuentes (Assies y Salman 2003a). Incluso, los programas y campañas de los partidos carecían muchas veces de algún esfuerzo por diferenciar al partido, en cuanto a contenidos programáticos, de otras alternativas políticas. Las diferencias partidarias poco tenían que ver con posicionamientos respecto de políticas alternativas, o con esfuerzos por articular a diferentes actores de la sociedad, o con diferentes patrones de interés entre la población. Las campañas eran personalistas, clientelistas corporativas y con frecuencia demagógicas. Tapia y Toranzo (2000) criticaban a los partidos políticos del país por su fracaso como mediadores o articuladores de la representación. Los partidos eran “vehículos electorales ideológicamente débiles” (Lucero 2008:12). El efecto más serio de esta modalidad partidaria era que a los partidos difícilmente podía pedírseles cuentas de sus acciones como integrantes del gobierno o la oposición. No había ninguna ‘identidad’ política respecto de la cual pudiesen apreciarse las posiciones concretas. Y el hecho de que esto fuera lo que caracterizaba al desempeño de los partidos durante décadas significó que la gente ‘desaprendió’ a comparar las autorrepresentaciones partidarias en términos de diferencias políticas y de cuán cercanas ellas podían estar de sus propios intereses y reivindicaciones (Latinobarómetro 2004). En vez de ello, eran las organizaciones sociales como, en ciertos casos, los sindicatos en proceso de recuperación, y crecientemente los movimientos sociales más recientes como comités cívicos, federaciones de juntas vecinales, sindicatos campesinos, cocaleros, organizaciones de tipo étnico y otras, “las principales organizaciones en expresar los intereses de la sociedad” (Gamarra y Malloy 1995, cit. por Lucero 2008:42). No es este el lugar para ahondar en más detalles o para esbozar toda la secuencia de coaliciones, presidentes, sus políticas o las medidas concretas que desencadenaron semejantes movilizaciones masivas (ver Assies y Salman 2003a, 2003b; Salman 2006; Crabtree 2005). Bastaría decir que dichas movilizaciones fueron la cuna de los movimientos sociales que, al final, ayudaron a Evo Morales a ganar la presidencia. A ello debería añadirse que la abrumadora mayoría de estos movimientos tenía vigencia en las tierras altas del Occidente, donde los indígenas son una clara mayoría.

La historia de estos movimientos es, en parte, la misma que la de las movilizaciones. Desde fines de la década de 1990, pero incluso con mucha más fuerza entre 2000 y 2005, una innumerable serie de movilizaciones caracterizaron la

cotidianeidad del país. Estas movilizaciones, o enfrentamientos directos con las medidas de gobierno debido a la ausencia de otras alternativas creíbles de acceso a la política, delataban que, en último término, la ‘democracia’, a los ojos de muchos bolivianos, no era más que una farsa. En estos años, los movimientos llegaron a encarnar poco a poco no sólo a la emergente protesta social contra una sociedad política *unipolar* de derecha (García Linera et al. 2008), sino a representar también unas “maquinarias de democratización de la sociedad” (García Linera et al. 2008:19). En este sentido, fueron la respuesta a un sistema político excluyente e inerte y nada dispuesto a cambiar las políticas económicas a las que consideraba indiscutibles (Assies y Salman 2003a, McNeish 2006), aparte de incapaz y poco dispuesto a cambiar normas democráticas ‘petrificadas’ y disfuncionales.

La promoción de los intereses colectivos y la ciudadanía de tipo corporativo han sido tradicionalmente importantes en Bolivia (García Linera et al. 2008). Wanderley enfatiza (en PNUD 2007) las estrategias ‘comunitarias’ y colectivas aplicadas con frecuencia para garantizar derechos, obtener beneficios e influir en la política y las decisiones políticas. Los derechos e identidades individuales en Bolivia son con frecuencia resultado del desempeño colectivo (PNUD, Wanderley 2007:389). A contrapelo de la experiencia personal de vulnerabilidad e inferioridad, mucha gente se siente empoderada y ‘capacitada’ cuando actúa en el contexto de la acción colectiva. García Linera et al. (2008:14-16, ver también Dangel 2009) afirman que, a partir de los ochenta, la tradición de promover el interés colectivo ‘funcional’ (ilustrada por la otrora poderosa Central Obrera Boliviana) poco a poco cedió su lugar a rasgos más territoriales y culturales. Estos nuevos movimientos sociales paulatinamente asumieron el papel que habían jugado los antiguos sindicatos, y de ese modo expresaron la cambiada conformación socioeconómica y cultural de la sociedad boliviana en la que las identidades indígenas se volvieron cada vez más politizadas (Kruse 2005, García Linera et al. 2008). Entre los movimientos que surgieron en los noventa, y terminaron de florecer entre los años 2000 y 2005, están el movimiento de los cocaleros (Coca Trópico); la Federación de Juntas de Vecinos (Fejuve) en varias ciudades como El Alto, la Coordinadora de Defensa del Agua en Cochabamba y en otras ciudades; los campesinos que migraron en busca de nuevas tierras en la parte oriental del país (la Confederación de Colonizadores); los mineros organizados tanto en cooperativas que explotan concesiones mineras como en su condición de asalariados; los movimientos indígenas como el Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu (Conamaq); la Confederación de Pueblos Indígenas del Oriente (CIDOB); la Coordinadora de Pueblos Étnicos de Santa Cruz (CPESC); y el Movimiento Sin Tierra (MST). Lo indígena también obtuvo prominencia en su imbricación de lo campesino con lo étnico, como en

la Confederación Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) y su contraparte femenina, la Federación de Mujeres Campesinas Bartolina Sisa, o al replicarse a nivel de su organización local como en los sindicatos o *ayllus*, la tradicional forma organizativa comunitaria que combina territorio y parentesco (simbólico). Más todavía, hubo movilizaciones de sindicatos de transportistas, profesores, trabajadores de salud, estudiantes, jubilados, gremiales, organizaciones opuestas a los tratados de libre comercio u otras consecuencias de los procesos de globalización (Mayorga y Córdova 2008) y muchos otros. No todos ellos representaban en forma constante a los movimientos sociales consolidados, y había mucha yuxtaposición entre todas estas iniciativas. Sin embargo, se trataba de protestas masivas, a menudo marchas callejeras, reuniones, manifestaciones, cabildos y, como tales, según García Linera et al., “estos mecanismos han sido proyectados como sistemas políticos, complementarios o alternos, capaces de cumplir de manera más eficiente y democrática que los partidos y la representación liberal la agregación de voluntades” (2008:19; ver también Lucero 2008). Lo que estaba en juego era a menudo algo más que la reivindicación concreta de la movilización. La protesta apuntaba a una alternativa global a la desastrosa herencia democrática ‘liberal’, y en la cual estos movimientos sociales tendrían un lugar importante desde donde hacerse escuchar. Por tanto, los movimientos empezaron a articular la demanda de un cambio de gran alcance en el sistema democrático, aunque no se pretendía una abrogación de los derechos y libertades que ofrecía este sistema. La memoria de la época dictatorial era un fuerte incentivo para esta adhesión a las libertades ligadas a la democracia. De hecho, la dura crítica a la democracia existente se combinaba con el orgullo de haberla reconquistado a comienzos de los ochenta y con la autoidentificación como país democrático. Como veremos más adelante, esta característica tuvo su impacto en la forma como evolucionarían más tarde las relaciones entre gobiernos y su capacidad de satisfacción de necesidades. Con el transcurso del tiempo, muchos de estos movimientos llegaron a sentirse representados, ya sea en forma más estrecha o de modo más indirecto, por el Movimiento al Socialismo, el MAS, el movimiento-partido que llevó al poder a Evo Morales en diciembre de 2005.

Fueron los cocaleros, a la cabeza de su líder Evo Morales, los que tomaron la delantera en la construcción de un partido político a partir de los movimientos. No sorprende que ahora ocupen una posición destacada en el MAS y que Morales, siendo Presidente de Bolivia, continúe como su líder. Según Zegada et al. (2008:88-91), aparte de los cocaleros, son la CSUTCB, la CIDOB, la Confederación de Colonizadores y la Federación de Mujeres Campesinas Bartolina Sisa, las organizaciones que fueron integradas orgánicamente en el aparato del MAS.

Los autores hablan de una ‘simbiosis’ y una cooptación de los líderes de estos movimientos (Zegada et al. 2008:88, 90), aunque añaden que ello no significa que estos sean un bloque monolítico. No obstante, efectivamente significa que los líderes de estos movimientos eran muy cercanos a Morales, y participaban en la toma de decisiones estratégicas y tácticas. También quiere decir que, en las movilizaciones en que el MAS como tal necesitaba estar representado en las calles, los integrantes de estos movimientos participaban masivamente.

Un segundo y más amplio círculo de movimientos son aquellos cercanos e incluso vinculados al MAS, pero que no forman parte de los circuitos de toma de decisiones. Este incluye, entre otros, a la Federación de Juntas Vecinales (Fejuve) de la ciudad de El Alto y a la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), que agrupa a los mineros asalariados. Su papel consistía en convocar a sus afiliados a movilizarse a favor del MAS, a suministrar a un considerable número de parlamentarios tanto para las elecciones de 2002 como para las del 2005 y 2009; además, ellos ejercen “un apoyo crítico que no genera conflictos al gobierno” (Zegada et al. 2008:92). Sin embargo, una señal de la posición algo más independiente de estos movimientos fue que, cuando el dirigente de la Fejuve de El Alto (Abel Mamani) fue designado como ministro en el primer gabinete de Morales (en el Ministerio del Agua, un ministerio de corta vida), Fejuve declaró inmediatamente que Mamani no los representaba como movimiento (Zegada et al. 2008:94).

Un tercer y aún más amplio círculo incluye a los movimientos que apoyan, en términos generales, el proyecto de cambio del MAS. Pero ellos son más radicales en sus posiciones izquierdistas o celosos de su autonomía. Ellos no quieren formar parte de los círculos de gobierno u ‘oficialismo’. Se podría incluir en este círculo, entre otros, a la filial local de la Central Obrera Boliviana (COB), la Central Obrera Regional (COR) de la ciudad de El Alto, y al Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu (Conamaq), una agrupación bastante radical de organizaciones y asociaciones indígenas locales. Convencidos de que “generar conflictos para el gobierno sería desventajoso para los propios intereses de los sectores populares” (Zegada et al. 2008:96), estos movimientos se han abstenido de movilizaciones en contra del gobierno del MAS, aunque han expresado sus críticas de manera pública.

Antes de diciembre de 2005, el MAS evolucionaba así como movimiento-partido. Construyó una estructura partidaria, con un grupo de allegados y gente de confianza, que diseñó el perfil político e ideológico del partido. Pero, durante este proceso, en particular con los movimientos del primer círculo, negoció estrategias, pidió insumos para temas y áreas políticas específicas, organizó reuniones

especiales con un conjunto de movimientos para pedirles ideas y adaptar sus propuestas políticas, y se movilizó tal como otros movimientos sociales en varias ocasiones (Zegada et al. 2008:26-45, Grey-Postero 2009: 303, Lucero 2008:139-140). Logró convencer a muchos movimientos debido a que combinó los términos socioeconómicos y de clase con un marco étnico. Produjo una síntesis de inspiración nacional-popular, izquierdismo marxista e indigenista. Representaba ‘lo popular’ y ‘lo indígena’, a todos aquellos que sufrían las consecuencias de las políticas de ‘las elites, los imperialistas, los neoliberales, los vendepatrias’. Por tanto, surgió un contradiscurso que subrayaba las formas alternativas de pensar y gobernar de las tradiciones indígenas, la continuada exclusión de las voces indígenas en posiciones de poder reales, la indiferencia hacia el drama de los pobres y el carácter blanco-mestizo del neoliberalismo, es decir, la idea de que el neoliberalismo representaba en cierta forma al mundo occidental. Se trataba de un discurso que tal vez no tenía “claras en definitiva las fronteras ideológicas” pero que “se cohesionan en momentos de alta confrontación con el gobierno” (Zegada et al. 2008:56-57). Adicionalmente, una actitud oscilante respecto de la ‘democracia formal’ se volvió evidente en estos movimientos: no salir en su defensa pero apreciar sus beneficios y libertades –y al mismo tiempo criticarla por su sello occidental y escasos canales de participación política.

La historia del fortalecimiento del MAS sugiere que, en el desacuerdo entre Giugni (1998) y Cress y Snow (2000) respecto de si las características del movimiento o las condiciones del entorno contribuyen más a los resultados de los movimientos, ninguna de ellas sería completamente correcta: pareciera que fuera más bien la ‘delicada dialéctica’ entre las dos lo que ayudaría a explicar la fortuna de los movimientos. Son las características de *ambas* las que, a través de varias mediaciones, inciden sobre los continuos desarrollos tanto del movimiento social como del representante electoral ‘sintetizador’ (al convertirse en gobierno). En lo concreto, el MAS *no* necesitó un discurso coherente y único para transformarse en una alternativa electoral convincente, debido a que el adversario se encontraba en medio de un proceso de desbande y había quedado descalificado como la ‘pandilla’ responsable del desastre y falta de respuestas, y también porque el MAS necesitaba alguna ambigüedad en su discurso a fin de volverse una autoridad para todos estos movimientos y demandas muy diferentes (Rubin 1998). El MAS necesitaba también un vínculo ‘orgánico’ con todo el espectro de movimientos para poder cumplir su rol como instancia de síntesis. Pero sólo podía florecer gracias a la posición de fuerza del conjunto de movimientos sociales. Entre 2000 y 2005 fueron ellos los que formularon las prioridades políticas y en gran medida forzaron a los sucesivos gobiernos a involucrarse con

los temas que ellos planteaban. El MAS supo responder y por tanto creció con estas movilizaciones. Si abordamos los acontecimientos desde el extremo opuesto, vemos que la postura acostumbrada del gobierno –la secuencia represión/negociaciones/incumplimiento– evolucionó en el transcurso del tiempo, pasando por un proceso de demonización del MAS y Morales, hacia una posición en la que el viejo sistema de partidos fue abandonado incluso por los partidos dinosaurios y reemplazado por un nuevo frente ‘unificado’ para resistir la creciente popularidad de Morales. En 2005 este intento resultó ser demasiado poco, demasiado tarde. Por tanto, no son únicamente las cualidades del MAS ni las características del entorno por sí mismas, sino más bien el proceso de una constitución mutua lo que ayuda a entender por qué se dio el drástico giro político en el año 2005. El principal asunto teórico que planteamos, sin embargo, fue aquel de la escisión que incluso creemos debería ocurrir si la victoria de los movimientos es acompañada por la continuidad institucional democrática y, consecuentemente, por la obligación de respetar las normas democráticas que tiene la rama gobernante de estos movimientos. En tales casos, más allá de los obstáculos técnicos, materiales y políticos para concretar todos los cambios que fueron demandados anteriormente, está el obstáculo clave de la nueva posición en la que se encontrará la entidad gobernante: como tal tendrá que respetar los procedimientos y normas, incluso en sus esfuerzos por sacar adelante los cambios propuestos lo más rápido posible. Los componentes no-gubernamentales del conjunto de movimientos no querrán, debido a su posición, enterarse mucho de este dilema –a pesar del hecho de que defenderán a Bolivia, en términos generales, como una democracia.

Después del giro revolucionario: las complejidades en las relaciones entre movimientos sociales y MAS

En diciembre de 2005, el MAS obtuvo una victoria por mayoría con el 54% y desde inicios de 2006 es el partido de gobierno en Bolivia. Durante su primer período, hasta fines de 2009, tuvo que lidiar con una oposición mayoritaria en el Senado (si bien tenía una mayoría en la Cámara de Representantes). Las medidas de cambio más importantes en su primer período fueron la nacionalización de las enormes reservas de gas natural y otros recursos naturales estratégicos e industrias, una nueva constitución pro indígena y una serie de medidas de mitigación de la pobreza.

En las elecciones de diciembre 2010, el MAS ganó con el 64%, lo que, después de la asignación de escaños parlamentarios, lo llevó a una abrumadora mayoría de

dos tercios en ambas cámaras. Pero el cambio en el panorama de los movimientos sociales en Bolivia se presentó, por supuesto, desde los primeros meses de 2006. La constelación emergente resultó presentar problemas completamente nuevos: si los movimientos hasta el 2005 habían sido la manifestación de la ruptura de relaciones entre el estado y la sociedad civil (Salman 2006, 2007; García Linera et al. 2008) y un modelo incipiente de alternativas que terminaron por encarnar en el MAS, ahora se habían convertido repentinamente, de cierta forma, en el gobierno mismo (Cuba Rojas 2006). Antes de analizar el curso de la relación entre el MAS y los movimientos sociales que lo respaldaban después de que aquel asumiera responsabilidades de gobierno, es necesario primero brindar algunos antecedentes sobre el nuevo panorama político en Bolivia.

Para empezar, inmediatamente después de inaugurarse el gobierno de Morales, surgieron nuevos movimientos sociales. Los movimientos pro MAS tenían su plaza fuerte en el altiplano y la parte occidental indígena del país. Cuando su marco crecientemente 'étnico' se volvió política de estado, ello desencadenó una reacción en las tierras bajas orientales, donde las fuerzas conservadoras crearon un contramovimiento regional, de derecha y crecientemente antiindígena, construido sobre la base de un arraigado regionalismo de décadas (Soruco, Plata y Medeiros 2008; Zegada et al. 2008; Roca 2008). Los Departamentos de Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija, de tierras bajas y valle (este último), llegaron a ser conocidos como la 'media luna' debido a su forma geográfica. La polarización entre el nuevo gobierno central y la media luna alcanzó su ápice en 2008, cuando los ataques violentos contra los seguidores del MAS en las principales ciudades de estos departamentos se volvieron frecuentes –mientras que los masistas hacían su parte contra las manifestaciones de la oposición en 'su' territorio. El punto más bajo ocurrió en septiembre de 2008 con un ataque armado a una caravana de campesinos pro MAS en el Departamento de Pando, donde más de diez personas fueron victimadas.

En estos departamentos orientales se han encontrado las principales reservas de gas natural, y empresarios regionales tuvieron éxito en movilizar a aquellos por una mayor 'autonomía', aunque según muchos se trataba de una máscara para encubrir una contraestrategia que tenía el objetivo de alcanzar acuerdos regionales antes que nacionales con las empresas transnacionales interesadas en explotar el gas, además de preservar los privilegios de las elites tradicionales (Kohl y Farthing 2006; Soruco, Plata y Medeiros 2008; Zegada et al. 2008; Assies 2006; Spronk y Webber 2007: 37). Estas elites se agruparon en torno a los comités cívicos de los departamentos y sus principales ciudades, y presionaron por una autonomía regional. Entre los años 2006 y 2009 tuvieron un poder de movilización considerable. La mayoría de los analistas concuerdan que entre los motivos de los autonomistas había rasgos de

racismo y muchos condenaban las manifestaciones de violencia existentes durante sus movilizaciones (Sorucu, Plata y Medeiros 2008; Assies 2006).⁴

Lo cierto es que un auténtico grupo de movimientos sociales antigubernamentales surgió en la parte oriental del país luego de que el MAS asumiera el gobierno. Sorprendentemente, en la mayoría de las publicaciones sobre los ‘movimientos sociales en Bolivia’, incluso en las más recientes, estos movimientos no son siquiera mencionados (Dangl 2009, Mayorga y Córdova 2008, García Linera et al. 2008), siendo una excepción en Zegada et al. (2008:169-178). De cualquier manera, ellos provocaron reacciones contrarias de los movimientos pro MAS que a veces se sorprendían de que el gobierno no los apoyara de modo incondicional en sus iniciativas –algo que sólo puede explicarse por la obligación que tiene el gobierno de tolerar también a sus detractores. A los movimientos les era difícil entender que el MAS no reaccionara simplemente ‘como un movimiento’ a estos desafíos a su autoridad.

Esta evolución puede explicarse en parte –y se trata de un segundo rasgo importante de contexto– debido a una ‘maniobra semántica’ considerable del gobierno del MAS. Evo, el MAS, y posteriormente también los medios, incluso la oposición, empezaron a referirse a ‘los movimientos sociales’ como si estos fueran una entidad claramente identificable y abordable: el agrupamiento de movimientos que apoya al nuevo gobierno. En Bolivia es muy común escuchar decir a Evo Morales “pediré a los movimientos sociales apoyar a la nueva constitución” (por ejemplo, en el periódico *Últimas Noticias*, 22-8-2008) o escuchar a un periodista crítico decir “los movimientos sociales han secuestrado al gobierno de Evo” (periódico *La Prensa*, 10-11-2009), u oír a la oposición decir que los movimientos sociales son el brazo fuerte de Evo (ver la revista quincenal *Nueva Crónica* 44, julio 2009, 4-5); también, escuchar al vocero de algún movimiento decir “nosotros, los movimientos sociales, vigilaremos de cerca el actual proceso” (*La Prensa*, 6-3-2009, 13-8-2009). El sector de movimientos sociales que respaldan la victoria de Evo

⁴ En Bolivia ha existido desde hace mucho tiempo cierta animosidad tradicional, relativamente inocente, entre las poblaciones (mayoritarias) de las tierras altas de Occidente y las tierras bajas orientales. Los primeros, a menudo etiquetados como ‘collas’, tienen el estereotipo de ser indígenas, de tez morena y premodernos; los segundos (‘cambas’), de ser más altos, en su mayoría descendientes de inmigrantes europeos y más ‘emprendedores’ (Sorucu et al. 2008, Roca 2008, Barragán 2008, Paz Patiño et al. 2009). La oposición colla-camba adquirió, particularmente a partir del acceso al poder de Morales, una nueva intensidad retórica que ha polarizado al país. Los estereotipos aplicados en estas peleas verbales son sesgados puesto que hay descendientes de origen español y europeo que también viven en la parte occidental (y con frecuencia participaron de buena gana en marginalizar a sus coterráneos indígenas). Adicionalmente, también en el Oriente habitan tradicionalmente muchos y diferentes pueblos indígenas, y grandes flujos de gente indígena (aymaras y quechuas) migraron en décadas recientes hacia el Oriente. Por tanto, los estereotipos son por supuesto profundamente equívocos, aunque hasta cierto punto, en particular en los últimos años, ‘verdaderos en sus consecuencias’.

Morales pareciera haber obtenido cierto tipo de personalidad legal como grupo. Los movimientos sociales se han vuelto así una entidad muy peculiar en los discursos tanto del gobierno como de la oposición: constituyen actualmente un protagonista político con nombre y apellido, al que se dirigen de modo explícito y directo otros protagonistas políticos como si se tratara de un interlocutor plenamente legítimo en política. En la nueva Constitución, aprobada en enero de 2009 mediante un referendo, incluso se ha formulado un rol explícito y legal para los movimientos sociales. En el título VI, artículo 241, apartado 2 está establecido que “la sociedad civil organizada ejercerá el control social a la gestión pública en todos los niveles del Estado”. Los movimientos sociales no sólo están aquí reconocidos como legítimos defensores de los intereses de sus bases, sino que están integrados de tal modo en la generación de la legislación y los asuntos del estado que se los convierte casi en parte de la institucionalidad estatal. En sus discursos, Evo se dirige con frecuencia a los movimientos para solicitarles que participen en su gobierno (Mayorga 2007). Otros se dirigen a los movimientos como si estos pudieran ser designados, o al menos convocados, para objetivos políticos específicos o por actores políticos determinados. Adicionalmente, el gobierno creó el Consejo Nacional para el Cambio (Conalcam), en el que supuestamente todos los movimientos nacionales que apoyan al gobierno se unieron para garantizar la posición oficialista. Esto podría llevarle a uno a creer que la relación entre los movimientos y el MAS, en tanto gobierno, es tan fluida como lo fue, en términos generales, antes de 2005.

Pero esta idea descuida el hecho de que la *posición* de ambos es ahora completamente diferente. En el presente, el MAS es gobierno. Como tal, por supuesto que continuará luchando por sus ideales. Pero además necesita ‘manejar’ el país, necesita gobernar y dar continuidad a todos los asuntos de estado, y, por último, aunque no menos importante, necesita preservar y vigilar la democracia, así como las libertades y derechos de todos los ciudadanos bolivianos. Esto limita inevitablemente su libertad de actuar como lo hacía antes en tanto movimiento social sin otras preocupaciones. Para los movimientos sociales que están detrás del MAS, como lo han sugerido varios autores (Tarrow 1998; Álvarez, Dagnino y Escobar 1998; Foweraker 1995), en cambio, es simplemente ‘natural’ que ellos continúen actuando por su propia cuenta, definiendo su propia estrategia y movilizándose cuando ellos mismos lo consideran oportuno. Pero su génesis y posición peculiar en Bolivia, además de la estrategia del gobierno, hacen que ello sea particularmente difícil. Ellos fueron uno de los vehículos importantes para la llegada al poder de Morales y, hoy en día, son considerados por el gobierno como los aliados orgánicos de la ‘revolución’ que Evo encarna (Zegada et al. 2008, García Linera et al. 2008). Su independencia durante los años de las movilizaciones –lo que los volvía colaboradores naturales de las ambi-

ciones políticas del MAS, aunque todavía autónomos en sus decisiones— se ha dado la vuelta y, desde la perspectiva del gobierno, los convierte en defensores de lo que se ha logrado hasta el presente. Pero como ‘defensores’ pierden simultáneamente su posición independiente porque terminan como partes componentes del oficialismo, dejando así de cumplir uno de los ‘requisitos’ para calificar como movimientos sociales; mientras, al mismo tiempo son, de cierto modo, oficialmente nombrados y declarados ‘los movimientos sociales’ de Bolivia. Esto podría diagnosticarse como una “subordinación de los movimientos sociales al Estado” (Zegada et al. 2008:72, 100). Es más, parece dudoso que tal situación favorezca el libre debate interno y la democracia al interior de los movimientos sociales.

Esa no es, sin embargo, toda la historia. Si bien la oposición acusa al gobierno de instruir y dirigir a ‘los’ movimientos sociales, en particular cuando se encienden protestas contra las políticas de Morales a la defensa (con la fuerza, de ser necesario) del actual gobierno;⁵ al mismo tiempo, estos movimientos a veces no dudan en presionar a Morales para que mantenga sus promesas (Zegada et al. 2008) e incluso lo amenazan de que “podría sufrir el mismo destino que su predecesor” (que fue obligado a renunciar en junio de 2005).⁶ Los movimientos sociales seguidores del MAS también encarnan, por lo tanto, aquel impulso que les es natural: sin preocuparse de los problemas y responsabilidades del gobierno presionan por *sus* causas. De hecho, durante los últimos tres años, Morales no siempre ha estado contento con las acciones de los movimientos sociales. En varias ocasiones, aquellos se movilizaron para defender los intereses de grupos específicos; tal el caso, por ejemplo, de los cooperativistas mineros que, en determinado momento, se enfrentaron violentamente con los mineros asalariados, siendo ambos declaradamente pro Morales. Aquí el MAS tuvo que mediar y, por lo tanto, renunciar a la ‘simplicidad’ de luchar por ‘la causa obvia’. Algo parecido ocurrió en varios casos en que grupos de mineros independientes eran echados de sus socavones por *comunarios*, reivindicando estos su autonomía territorial (uno de los temas propagandizados por el MAS), o cuando importadores/vendedores de ropa usada traída desde Europa o Estados Unidos chocaban con los propietarios o trabajadores de los talleres donde se produce la ropa nacional —a quienes el gobierno finalmente decidió apoyar en mayo de 2009. Aquí también se encontró el MAS en una situación en la que vio como su deber el mediar, mantener la paz y, finalmente, decidir a favor de uno u otro, teniendo en mente el ‘interés nacional’. Precisamente aquella situación que un movimiento social nunca encara. A esto se añade que el

⁵ Ver “La historia paralela”, ‘Internacional’, January 1st 2007, en www.lahistoriaparalela.com.ar (marzo 2007).

⁶ Ver www.mrzine.monthlyreview.org/eb050206.html [febrero 2006].

gabinete de Morales fue cuestionado por los ‘movimientos sociales’ a comienzos de 2006, y nuevamente entre marzo y abril de 2009, debido a que no incluía a suficientes ministros indígenas.⁷ Se puede argüir que el MAS había decidido, en varios casos, optar por la experiencia y conocimientos por encima de la afinidad y lealtad étnica, algo que probablemente no habría hecho cuando todavía era un movimiento social que reivindicaba la emancipación indígena. En otra ocasión, a principios de 2008, la COB se movilizó en contra del nuevo proyecto de ley de pensiones, porque no estaba de acuerdo con su forma de financiamiento (a ser cubierto a partir de los recursos naturales nacionales antes que de los empleadores) y tampoco con la extensión de los derechos de pensión a los trabajadores informales –al interpretar la propuesta como un debilitamiento de los derechos exclusivos a las rentas de pensión para los trabajadores formales y organizados sindicalmente. Aquí, nuevamente el MAS optó por una posición que consideraba preferible el apoyo a los intereses nacionales, en vez de por una posición que habría sido más lógica en términos ideológicos. La COB desafió otra vez al gobierno del MAS en mayo de 2010, cuando ella (si bien dividida, puesto que la CSUTCB no se adhirió) se movilizó en oposición al incremento salarial del 5% propuesto por el gobierno. La COB demandó incrementos considerablemente mayores, convocó a una marcha hacia La Paz y Morales abiertamente exigió ‘responsabilidad’ a los trabajadores del país. Asimismo, el alza en los precios de los alimentos y el retraso en las medidas de redistribución de la tierra desencadenaron manifestaciones de protesta, las mismas que fueron acerbamente criticadas por otros seguidores de Morales, temiendo el debilitamiento de su posición, sobre todo cuando tales protestas coincidían con las tácticas de ‘sabotaje’ llevadas a cabo por la oposición. Todas estas manifestaciones de protesta fueron realizadas por grupos relativamente pobres, frecuentemente indígenas y normalmente bien organizados; por movimientos sociales. Y no siempre cedió el MAS: este se preocupaba obviamente por su imagen de ser ‘ecuánime’, de respetar los intereses de las propiedades y las empresas privadas, y de respetar la ley y tener en mente los intereses nacionales. En términos generales, por supuesto, los movimientos pertenecientes al primer y segundo ‘círculos’ se movilizaron menos que aquellos pertenecientes al tercer círculo, y que los de la oposición. Con todo, surgió claramente un distanciamiento entre la lógica de los ‘movimientos sociales normales’ y el *previamente* movimiento social ahora en función de gobierno.⁸

⁷ En *IAR-Noticias*, enero 24 de 2006, ver www.iarnoticias.com.

⁸ Este artículo fue escrito antes de los acontecimientos de diciembre de 2010, o sea, el ‘gazolinazo’. Estos acontecimientos merecen un análisis más profundo y matizado, pero en un esfuerzo ad hoc de situar lo ocurrido en el marco del argumento de este artículo, se podría tal vez sugerir que el MAS no obtuvo un

La ambivalencia del MAS hace que varios movimientos oscilen entre ser aliados y opositores: lo cual ha dependido según se trate de temas concretos, hechos específicos e incertidumbres tácticas. Con todo, según Moreno Morales (2009), casi todos los bolivianos que participaron en alguna manifestación de protesta durante el último año declararon haberlo hecho sea a favor o bien en oposición al gobierno actual. Esta debe ser una situación única, puesto que las manifestaciones se dirigen normalmente en contra de los gobiernos en el poder. Sin embargo, sugiere que también los movimientos pro Evo se han movilizado en contra de 'su' gobierno. A su vez, esto implica que surgió un distanciamiento entre la lógica de los ahora gobernantes movimientos sociales y los movimientos que no necesitan preocuparse de las responsabilidades ligadas al gobierno.

Estos resultados ambivalentes demuestran la situación inestable en que los movimientos sociales se encuentran hoy en Bolivia. Al resumir las características de los tres actores principales, concluimos que los movimientos que se oponen al gobierno, concentrados principalmente al Oriente del país, son los que más cerca llegan a lo que podría esperarse: ellos formulan sus diferencias respecto de las medidas gubernamentales, sus identidades, sus discursos, y se movilizan. Son movimientos sociales que hacen lo que uno supone que harían. Se oponen al actual gobierno, luchan por sus visiones e intereses, y les es indiferente la gobernabilidad o su cuota parte en el resguardo de la democracia, el gobierno de la ley y el cumplimiento de los procedimientos y las estipulaciones legales.

El segundo actor, los movimientos que apoyan a Morales, demostraron estar dispuestos a aplastar, de modo violento si fuera necesario, estas manifestaciones y se mostraban asombrados si el gobierno no los apoyaba ni facilitaba sus acciones. En momentos más tranquilos han oscilado entre el apoyo incondicional y la protesta incidental o regular. La mayor parte de los movimientos se identifica con el actual gobierno y sus políticas, pero ello no quiere decir que siempre estén de acuerdo con ellas. Los movimientos sociales parecen estar buscando su postura y actitud en una situación en la que ellos concuerdan en gran medida con el gobierno, en términos de contenidos, aunque en términos de posición y 'misión' están en una situación completamente diferente. Es así que no siempre se identificarán o podrán simpatizar con la posición más complicada en la que está 'su' emisario gubernamental. Es por esta razón por la cual a veces han rehusado a quedarse quietos y esperar a que llegue lo bueno. En qué medida esta situación ayuda a la toma de

control total sobre los movimientos sociales: a pesar de que los últimos en general apoyan al gobierno, no dudan en rechazar medidas en contra de sus intereses –incluso si sus líderes han hecho un esfuerzo de pedir apoyo para la medida ‘por el bien del país’.

decisiones independiente al interior de los movimientos, sea para movilizarse o bien para no hacerlo, sigue siendo cuestionable.

Por último, en sus discursos y también en muchas de sus acciones y medidas, el MAS continúa luchando por sus ideas e ideales (aquellos que comparte con sus movimientos sociales de apoyo). No obstante, también trata de cooptar a estos movimientos y se siente muy descontento cuando no logra hacerlo. Lo importante, sin embargo, es que asumir el gobierno implicaba aceptar una responsabilidad adicional que se contradice con su autoidentificación en tanto movimiento: debe garantizar los derechos de sus opositores, sus antiguos adversarios que estaban en función de gobierno en otro tiempo; tiene que respetar las normas, la legislación, las instituciones; tiene que manejar el estado y el país. Y ello lleva inevitablemente a un cierto grado de distanciamiento entre el MAS y los movimientos sociales que lo construyen y respaldan.

A manera de conclusión

En las publicaciones que reflexionan sobre cuestiones de los movimientos sociales y sus triunfos, la mayor parte de la atención se ha concentrado hasta ahora en los factores que explican tales triunfos. Se distingue cierta controversia entre los autores que subrayan los factores de situación y entorno, y entre aquellos que enfatizan la importancia de las características intrínsecas de los movimientos y/o sus mutuas alianzas. La reconstrucción del caso del surgimiento en Bolivia de un espectro de movimientos sociales y su aglutinación en el MAS, sugiere que el factor clave es la interacción entre estas dos dimensiones. El MAS evolucionó de la forma en que lo hizo, tanto debido a la naturaleza de las reivindicaciones y asuntos planteados por sus movimientos sociales ‘constitutivos’, debido a sus decisiones estratégicas influenciadas por estos movimientos, como debido a sus intentos por postularse como una alternativa creíble en lugar del sistema de partidos políticos en bancarrota.

En los debates más teóricos, sin embargo, poca atención se ha dado a las situaciones en las que efectivamente el éxito se materializó plena o casi plenamente. Los únicos casos analizados fueron aquellos en los que una victoria militar resultó en un completo aniquilamiento y reconstrucción de la institucionalidad estatal, tal como ocurrió en Irán, Nicaragua y Zimbabwe. Una atención al reestablecimiento concreto de las relaciones entre movimientos sociales y el nuevo gobierno (supuestamente respaldado por estos movimientos) sólo fue central, sin embargo, en casos como el sudafricano. Allí se dio la mayor importancia a las fuertes críticas que recibió el primer gobierno del Congreso Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés)

por haber otorgado una mayor prioridad al crecimiento económico y la ‘salud’ monetaria, que a la deuda social desatendida desde mucho tiempo atrás (Weeks 1999) y se dio también mucha importancia al distanciamiento creciente entre los funcionarios del partido y los militantes de base (Lanegram 1995, Zuern 2004). No se han dedicado muchos estudios a situaciones en que el partido representante de los movimientos sociales se haya vuelto la fuerza hegemónica y gobernante, y a cómo afecta esto a la relación entre este representante y la gama de movimientos –¿menos autónomos ahora?– que lo apoyan.

El caso boliviano sugiere que la característica más importante de una configuración semejante es un cierto grado de división entre la entidad gobernante y los movimientos –no sólo debido a la ‘moderación’ de la primera, sino a que su cambio de posición hace que inevitablemente se distancie de la lógica de los movimientos sociales. Hay una diferencia ‘intrínseca’ entre gobierno y movimientos sociales, no importa cuán parecidas puedan ser sus posiciones políticas y prioridades. Esta diferencia conducirá, en todos los casos, a cierta incompreensión de los movimientos sociales respecto de las consideraciones y decisiones del (de su) gobierno y, en muchos casos, opino que llevará también a una actitud de gobierno que pretenda cooptar y mantener la plena lealtad de los movimientos, y simultáneamente a un dilema entre priorizar la satisfacción del pliego petitorio de los movimientos o su estatus como un gobierno más ‘estatal’, a pesar de su pasado de insubordinación.

Adicionalmente, parece plausible que una tal situación conducirá siempre a cierta inseguridad para los movimientos sociales que apoyan al nuevo gobierno. Por un lado, se trata de *su* gobierno: ellos lo llevaron allí y él tiene que hacer lo acordado. Por otro, el gobierno tiene que ser un gobierno para todos: que trate a todos los ciudadanos por igual y respete las normas generales o ‘universales’. Tiene que otorgar, asimismo, tanto espacio a las manifestaciones callejeras de la oposición como a las organizadas por los movimientos que lo apoyan. Esto es algo que desde la perspectiva de los movimientos es difícil entender. De cualquier modo, es inherente al cambio que afecta al exitoso movimiento ‘emisario’, en particular en los casos en que la institucionalidad democrática es sostenida e incluso defendida por todos los partidos. Franz Barrios nos recuerda que cualquier democracia madura necesita distinguir entre, por un lado, la participación democrática y, por el otro, el gobierno de la ley y los ámbitos estatales más ‘apolíticos’, una “clara separación entre el aspecto de pesos y contrapesos del estado liberal y el componente democrático” (2008:127-128). A los movimientos de apoyo, por su posición y ‘naturaleza’, se les hace difícil apreciar esto. Es este particularmente el caso cuando (como en Bolivia) el ‘emisario’ continúa utilizando en sus discursos las expresiones vernáculas del movimiento de protesta; es por esta razón que, como un “movimiento entre todos

los otros”, el MAS es aliado de una “coalición inestable” (Mayorga 2007:59). En esa coalición, no se puede negar ni debería sorprender que las movilizaciones y demandas pro gubernamentales se encontrasen con una respuesta más amigable que las de la oposición. Esto revela la difícil posición en que se encuentra el presente sistema político: en términos de contenidos y afinidades, se yuxtapone en parte con ‘sus’ movimientos sociales. Pero, en tanto sistema político, tiene que hacer dos cosas a veces contradictorias: debe concretar un programa político, y en este cometido encuentra a una multitud de movimientos sociales a su lado, pero también debe mantener y sostener al ‘estado’, y como tal es propenso a garantizar un trato igual a todos los ciudadanos y sus manifestaciones.

Si bien la mayor parte de los observadores (como la OEA y Human Rights Watch) concuerdan en que el gobierno de Morales cumplió, en términos generales, con su responsabilidad de actuar de modo ‘estatal’ y ‘digno’, también ha sido blanco de ataque desde la oposición con cargos de autoritarismo, patrimonialismo y nepotismo. Franz Barrios (2008) apuntó al llamado ‘cuarto poder’ mencionado en la nueva Constitución. El gobierno de Morales está bastante a favor, al menos verbalmente pero también en propuestas iniciales para concretar la nueva Constitución, de otorgar un poder de gran alcance a los movimientos sociales y/o la ciudadanía (siendo una razón de las preocupaciones de Barrios, la vaga distinción entre ambos en el discurso del gobierno); “el cuarto poder ejercería un control político y administrativo sobre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, y [...] se colocaría por encima de los poderes clásicos en tanto fue concebido como un poder del pueblo” (Barrios 2008:136). Si bien en última instancia, en la versión final de la nueva Constitución, la idea quedó diluida, el asunto sigue siendo delicado: ¿cuándo es que una forma de democracia radical, altamente participativa, descentralizada, comunal y ‘directa’, la cual desempeña por ejemplo un papel clave para los movimientos sociales como forma de gobierno, empieza a amenazar el equilibrio institucional, e incluso la idea de *igualdad* en términos de oportunidades de acceso a la toma de decisiones, y en términos de las garantías ciudadanas? ¿Cuándo comienza a vulnerar la idea misma del *estado*, debido a que se ve a este último como algo a ser “capturado” (Barrios 2008:129), “un espacio que puede ser uniformemente tomado, sin una consideración apropiada de cómo ello podría afectar su dinámica y funciones más especializadas”? (Barrios 2008:132). ¿Y cuándo esto empieza a sofocar el espacio que la sociedad necesita (y el estado debiera garantizar) para deliberar, para buscar identidades y para manifestarse? Bolivia se encuentra todavía en el proceso de construcción del necesario equilibrio. Los intentos del MAS por comportarse de modo ‘institucional’ y estatalmente se complican con su agenda política y con los movimientos sociales que la apoyan.

La evaluación del éxito del gobierno es difícil, debido a que la postura política hacia el actual gobierno muchas veces prevalecerá en las opiniones de la gente. Sin embargo, según un estudio de la UNDP (Aranibar Arze 2008), la confianza en la democracia y su legitimidad en Bolivia aumentó desde que Morales asumió el poder. Comparte dicha opinión el director del Latinobarómetro⁹ y el Alto Comisionado de las NNUU para los Derechos Humanos.¹⁰ No obstante, la crítica persiste (Molina 2007).

La situación de Bolivia es, por supuesto, única. No lo es, sin embargo, el tipo de problemas y dilemas que surgen en el país luego de que el MAS, representando a los movimientos sociales radicalmente desafiantes, obtuviera una victoria electoral mayoritaria por dos veces consecutivas. Cualquier transición acompañada de continuidad institucional pondrá a la entidad que asume el poder en una incertidumbre entre su identidad de movimiento y sus obligaciones de gobierno, conducirá a enojos entre el emisario gubernamental y los movimientos, producirá inseguridad para estos movimientos y empujará al centro del escenario a los agrios debates respecto de la democracia, el gobierno de la ley y los derechos de los vencidos.

Recibido febrero 2011
Aceptado marzo 2011

Referencias bibliográficas

- Albó, Xavier, y R. Barrios, ed., 1993. *Violencias encubiertas en Bolivia*. La Paz: CEDIB/ Aruwiwiri.
- Albro, Robert, 2005. "The Indigenous in the Plural in Bolivian Oppositional Politics." *Bulletin of Latin American Research* 24(4), 433-453.
- Álvarez, Sonia E., Evelina Dagnino y Arturo Escobar, eds., 1998. *Cultures of Politics, Politics of Cultures - Re-visioning Latin American Social Movements*. Boulder/Oxford: Westview Press.
- Aranibar Arze, Antonio, 2008. *Democracia y cambio político en Bolivia – Una mirada desde la opinión pública*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Equipo de desarrollo humano y Proyecto PAPEP. Disponible en <http://www.waporcolonia.com/abstracts/75-aranibar.pdf> [diciembre 2010].

⁹ Ver http://www.infolatam.com/entrada/latinobarometro_la_opinion_sobre_la_demo-10110.html [agosto 2008].

¹⁰ En marzo de 2010, el Alto Comisionado de NNUU para los Derechos Humanos también se mostró, si bien con algunos matices, optimista sobre el curso de los acontecimientos en Bolivia (ver *La Prensa* 25-3-2010).

- Assies, Willem, 2001. "David vs. Goliath en Cochabamba: los derechos del agua, el neoliberalismo y la renovación de la protesta social en Bolivia." *T'inkazos* 8, 106-131.
- , 2006. "La 'media luna' sobre Bolivia: nación, región, etnia y clase social." *América Latina Hoy* 43, 87-105.
- Assies, Willem, y Ton Salman, 2003a. "Bolivian Democracy: Consolidating or Disintegrating?" *Focaal – European Journal of Anthropology* 42, 141-160.
- , 2003b. "Crisis in Bolivia – The Elections of 2002 and their Aftermath. Institute of Latin American Studies." University of London, Research Paper 56.
- Barragán, Rossana, 2008. "Oppressed or Privileged Regions? Some Historical Reflection on the Use of State Resources." En John Crabtree y Laurence Whitehead, eds. *Bolivia, Unresolved Tensions, Past and Present*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 83-103.
- Barrios, Franz, 2008. "The Weakness of Excess: The Bolivian State in an Unbounded Democracy." En John Crabtree y Laurence Whitehead, eds. *Bolivia, Unresolved Tensions, Past and Present*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 125-139.
- Bickford, L., 1998. "Public Participation, Political Institutions and Democracy in Chile, 1990-1997." En L. Bickford y M. Noé, eds. *Public Participation, Political Institutions and Democracy in Chile, 1990-1997*. Santiago: FLACSO, 12-59.
- Bowie, Katherine, 2005. "The State and the Right Wing: The Village Scout Movement in Thailand." En June Nash, ed. *Social Movements – An Anthropological Reader*. Malden/Oxford: Blackwell Publishing, 46-65.
- Camp, Roderick Ai, ed., 2001. *Citizen Views of Democracy in Latin America*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Contreras, N., y M. Ángel, 2004. "Ciudadanía, Estado y democracia en la era neoliberal: dilemas y desafíos para la sociedad venezolana." En D. Mato, ed. *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 111-132.
- Córdova, Eduardo, Merlene Choque y Benjamín Santisteban, 2009. "Los caminos del cambio: transformaciones en el sistema político boliviano, 2003-2008." En Roberto Laserna et al. *Poder y cambio en Bolivia 2003-2007*. La Paz: PIEB/Plural Editores, 61-113.
- Crabtree, John, 2005. *Patterns of Protest – Politics and Social Movements in Bolivia*. London: Latin America Bureau.
- Crabtree, John, y Laurence Whitehead, 2001. "Conclusions." En J. Crabtree y L. Whitehead, eds. *Towards Democratic Viability – The Bolivian Experience*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire: Palgrave, 216-234.
- Cress, Daniel, y David Snow, 2000. "The Outcomes of Homeless Mobilization: the Influence of Organization, Disruption, Political Mediation, and Framing." *The American Journal of Sociology* 105(4), 1063-1104.
- Cuba Rojas, L. Pablo, 2006. "Bolivia: movimientos sociales, nacionalización y asamblea constituyente." *Observatorio Social de América Latina* VI (19). Buenos Aires: CLACSO.

- Dangl, Benjamin, 2009. *El precio del fuego – Las luchas por los recursos naturales y los movimientos sociales en Bolivia*. La Paz: Plural Editores.
- Desay, Ashwin, 2002. *We Are the Poors - Community Struggles in Post-Apartheid South Africa*. New York: Monthly Review Press.
- Foweraker, Joe, 1995. *Theorizing Social Movements*. London/Boulder, Colorado: Pluto Press.
- Gamboa, Franco, 2001. *Itinerario de la esperanza y el desconcierto: Ensayos sobre política, sociedad y democracia en Bolivia*. La Paz: Muela del Diablo Editores.
- Gamson, W.A., 1990. *The Strategy of Social Protest*. Belmont, CA: Wadsworth, 2da. ed.
- García Linera, Álvaro, Marxa Chávez León y Patricia Costas Monje, 2008. *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia. Estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política*. La Paz: Plural Editores.
- Giugni, Marco, 1998. "Was it Worth the Effort? The Outcomes and Consequences of Social Movements." *Annual Review of Sociology* 24, 371-393.
- Gray-Molina, G., 2001. "Exclusion, Participation and Democratic State-building." En J. Crabtree y L. Whitehead, eds. *Towards Democratic Viability – The Bolivian Experience*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire: Palgrave, 63-82.
- Grey-Postero, Nancy, 2009. *Ahora somos ciudadanos*. La Paz: Muela del Diablo Editores.
- Kohl, Benjamin, y Linda Farthing, 2006. *Impasse in Bolivia – Neoliberal Hegemony & Popular Resistance*. London/New York: Zed Books.
- Koonings, C., y H. C. F. Mansilla, 2004. "Report on the Evaluation of the IMD (Institute for Multiparty Democracy)-Programme in Bolivia 2000-2003." Disponible en http://www.nimd.org/upload/publications/2004/2004_bolivia_evaluation.pdf [junio 2009].
- Kruse, Tom, 2005. "Political Transition and Trade Union Restructuring: Reflections on the Bolivian Case." En Willem Assies, Marco Calderón y Ton Salman, eds. *Citizenship, Political Structure and State Transformation in Latin America*. Amsterdam/Michoacán: Dutch University Press y El Colegio de Michoacán, 147-173.
- Lanegram, Kimberley, 1995. "South Africa's Civic Association Movement: ANC's Ally's or Society's 'Watchdog'? Shifting Social Movement-Political Party Relations." *African Studies Review* 38(2), 101-126.
- Latinobarómetro, 2004. "Survey." Disponible en http://www.latinobarometro.org/uploads/media/2004_01.pdf [junio 2010].
- Lazar, Sian, 2006. "*El Alto, ciudad rebelde: Organizational Bases for Revolt.*" *Bulletin of Latin American Research* 25(2), 183-199.
- , 2008. *El Alto, Rebel City – Self and Citizenship in Andean Bolivia*. Durham/London: Duke University Press.
- Lucero, José Antonio, 2008. *Struggles of Voice – The Politics of Indigenous Representation in the Andes*. Pittsburgh: Pittsburgh University Press.

- Mayorga, Fernando, 2007. "Movimientos sociales, política y estado." *Opiniones y Análisis* 84 (Temas de coyuntura nacional I). La Paz: Fundemos/Hans Seidel Stiftung.
- Mayorga, Fernando, y Eduardo Córdova, 2008. *El movimiento antiglobalización en Bolivia – Procesos globales e iniciativas locales en tiempo de crisis y cambio*. Geneva/La Paz: UNRISD/CESU-UMSS/Plural Editores.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly, 2001. *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.
- McNeish, John, 2006. "Stones on the Road: Reflections on the Crisis and Politics of Poverty in Bolivia." *Bulletin of Latin American Research* 25(2), 220-240.
- Molina, Fernando, 2007. *Conversión sin fe - El MAS y la democracia*. La Paz: Eureka Ediciones.
- Moreno Morales, Daniel E., 2009. "El conflicto como participación política en Bolivia." *Nueva Crónica* 39, 6.
- Osava, Mario, 2006. "Activists for Reelection of Lula, but With Reduced Hopes, en 'Global Exchange'." Disponible en: <http://www.globalexchange.org/countries/brazil/3906.html>. pf [enero 2010].
- Paz Patiño, Sarela, Fernando García Yapur y Fernando Garcés Velásquez, 2009. "Nuevas dinámicas de territorio y poder: materiales para reflexionar acerca de las luchas local/regionales en Bolivia." En Roberto Laserna et al. *Poder y cambio en Bolivia 2003-2007*. La Paz: PIEB/Plural Editores, 259-310.
- PNUD, 2007. Informe Nacional sobre Desarrollo Humano 2007. *El estado del Estado en Bolivia*. La Paz: PNUD.
- Roca, José Luis, 2008. "Regionalism Revisited." En John Crabtree y Laurence Whitehead, eds. *Bolivia, Unresolved Tensions, Past and Present*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 65-82.
- Rubin, Jeffrey W., 1998. "Ambiguity and Contradiction in a Radical Popular Movement." En Sonia E. Álvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar, eds. *Cultures of Politics, Politics of Cultures – Revisioning Latin American Social Movements*. Boulder/Oxford: Westview Press, 141-164.
- Salman, Ton, 2006. "The Jammed Democracy: Bolivia's Troubled Political Learning Process." *Bulletin of Latin American Research* 25(2), 163-182.
- , 2007. "Bolivia and the Paradoxes of Democratic Consolidation." *Latin American Perspectives* 34(6), 111-130.
- Soruco, Ximena, Wilfredo Plata y Gustavo Medeiros, 2008. *Los barones del oriente – El poder en Santa Cruz ayer y hoy*. La Paz: Fundación Tierra.
- Spronk, Susan, y Jeffrey R. Webber, 2007. "Struggles against Accumulation by Dispossession in Bolivia: The Political Economy of Natural Resource Contention." *Latin American Perspectives* 34(2), 31-47.
- Tapia Mealla, Luis, y Carlos Toranzo Roca, 2000. *Retos y dilemas de la representación política*. La Paz: PNUD/Edobol.

- Tarrow, Sidney G., 1998. *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tilly, Charles, 1978. *From Mobilization to Revolution*. Reading, MA: Addison-Wesley Publishers.
- Tokman, Victor, 2007. "The Informal Economy, Insecurity and Social Cohesion in Latin America." *International Labour Review* 146(1-2), 81-107.
- Toranzo, Carlos, 2008. "Let the Mestizos Stand Up and Be Counted." En John Crabtree y Laurence Whitehead, eds. *Bolivia, Unresolved Tensions Past and Present*. Pittsburgh: Pittsburgh University Press, 35-50.
- Valente, Marcela, 2008. "Latin American Social Movements: Standing up to Friends." En Centre Tricontinental. Disponible en: <http://www.cetri.be/spip.php?article309> [enero 2010].
- Weeks, J., 1999. "Stuck in Low GEAR? Macroeconomic Policy in South Africa, 1996-98." *Cambridge Journal of Economics* 23, 795-811.
- Zegada, María Teresa, Yuri Tórrez y Gloria Cámara, 2008. *Movimientos sociales en tiempos de poder – Articulaciones y campos de conflicto en el gobierno del MAS*. Cochabamba/La Paz: Centro Cuarto Intermedio/Plural Editores.
- Zibechi, Raúl, 2007. *Autonomías y emancipaciones – América Latina en movimiento*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos/Programa Democracia y Transformación Global.
- Zuern, Elke, 2004. *Continuity in Contradiction? The Prospects for a National Civic Movement in a Democratic State: SANCO and the ANC in Post-Apartheid South Africa*. Reporte publicado por el Centre for Civil Society and the School of Development Studies, University of KwaZulu-Natal.